

# Notas de Prensa

JOSÉ JAVIER AMORÓS AZPILICUETA

*He adquirido la facultad de convertir todas las cosas en artículos de periódicos. Ya pueden ustedes darme las cosas más absurdas: un gabán viejo, un par de gemelos de teatro, una máquina de afeitar, un pollo asado, una mujer bonita... De cada una de esas cosas yo les haré a ustedes una columna de prosa periodística o, si ustedes lo prefieren, les haré la columna de todas esas cosas juntas. El articulista es algo así como el avestruz. El avestruz lo convierte todo en cosa de comer y lo digiere todo: el articulista lo reduce todo a un artículo de periódico.*

*Yo lo mismo hago un artículo con una noticia de tres líneas que leo en el Daily Telegraph que con las obras completas de Voltaire. Yo me voy al mar, por ejemplo. No cabe duda de que el mar es una cosa grande y hermosa. Pues para mí como si fuese un sombrero de paja. Toda su hermosura y toda su grandeza yo la reduzco rápidamente a una columna escasa de periódico; mando las cuartillas a su destino y ya se han acabado para mí los encantos del mar...*

JULIO CAMBA, *Cómo escribo los artículos*, en "Londres", Austral, 10.<sup>a</sup> ed., Madrid 1986, págs. 158-159.

*Hagamos un poco de autocritica. El oficio que consiste en definir todos*

*los días, ante la actualidad, las exigencias del sentido común y de la simple honestidad de espíritu, entraña cierto peligro.*

*Por querer lo mejor, se dedica uno a juzgar lo peor y a veces lo que sólo está menos bien. En una palabra, uno puede adoptar la actitud sistemática del juez, del maestro de escuela o del profesor de moral. De este oficio a la jactancia o a la tontería no hay más que un paso. Esperemos no habérlo dado. Pero no estamos seguros de haber escapado siempre al peligro de dar a entender que creemos tener el privilegio de la clarividencia y la superioridad de los que no se equivocan jamás.*

ALBERT CAMUS, *Autocrítica*, en "Moral y política", Losada, Buenos Aires 1978, págs. 28-29.

*A las personas, a los sucesos y a las cosas no debe dárseles nunca mayor importancia porque no la tienen; piénsese con los ojos cerrados y podrá entenderse esta verdad. Tampoco debe sobrestimarse al dinero, ni al éxito, ni al mando ni, puestos a apurar las situaciones, al estómago, la fuerza o la compasiva y caduca solidaridad (...).*

*Nunca pasa nada, y si pasa no importa, y en España, el que resiste, gana,*

lo dije hace ya mucho tiempo y más de uno lo encontró razonable; también sé que cuando las cosas se ponen mal debe hacer uno lo posible para no ponerlas peor. según me aconsejaba mi abuela. Con estas tres domésticas consignas llevo ya defendiéndome y reconfortándome muchos años, y la verdad es que no me han ido mal las cosas.

(...) Siempre pensé que la soberbia es pecado difícil de perdonar, y que para vivir con aplomo se debe ser humilde, muy humilde, hasta en el asesinato. (...)

A lo largo de mi vida he visto cómo se ha ido hundiendo todo aquello en lo que llegué a creer, al menos durante algunos instantes: la patria, la lengua, el clan, la clase, la lealtad, etcétera.

CAMILO JOSE CELA, *Los minúsculos fracasos*, en ABC, 7-4-1995, pág. 19.

No hay que despedirse de la libertad de los medios sino de la aureola de santidad que le confirió el siglo XIX. Porque no sólo es benéfica sino también desconsiderada, y no sólo debemos defenderla sino también soportarla y esto ya pasa de la raya. (...) Siguen y seguirán existiendo diferencias esenciales en el valor informativo y de uso de los medios periodísticos. Pero todos ellos tienen en común la ley que rige sus actividades: su cinismo objetivo. Y quien se atreva a negarlo no es sino un fariseo. Esta situación ya comienza con el hecho de que no existe ningún diario, ninguna revista y ningún programa de televisión que no se someta ciegamente a la exigencia de actualidad. Lo cual tiene por consecuencia que día a día nos vemos confrontados con acontecimientos "cero". (...) Incluso la denominada prensa sería informa preferentemente de acontecimientos que no significan literalmente nada; da lo mismo que se trate de los Juegos Olímpicos, de visitas papales o de juicios por asesinato. Las noticias "cero", como por ejemplo que el político X se decla-

ra en favor de la paz y de "medidas humanitarias" (es decir, que no exige la prohibición inmediata y universal de la guerra atómica o de la tortura) o como loas al compositor Y con motivo del centenario de su nacimiento o muerte, publicadas al mismo tiempo por toda la prensa, se limitan a crear nuevas variantes, quizás más ambiciosas y más aburridas, de la sempiterna nulidad informativa de Bild. Ahora bien, la semejanza estructural de todos los medios periodísticos adquiere una evidencia total cuando el lector decide recorrer las páginas del periódico como si nadie le hubiera repetido insistentemente la piadosa ficción de que la parte redaccional no tiene nada que ver con la parte publicitaria. Es decir, cuando el lector decide leer *Der Spiegel*, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y *Bild* como si se tratara de un texto continuo, engarzado. A más tardar en este momento quedará claro que esclavitud y cosmética masculina, helicismo y desodorante íntimo, bomba atómica y pañales, genocidio y comida para gatos, han acabado convirtiéndose en equivalentes, cada uno de los cuales significa lo mismo que los demás; es decir, nada. (...) Al igual que todos los progresos, también el de los medios de comunicación nos ha colocado frente a un dilema que somos incapaces de resolver.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER, *El triunfo del diario Bild o la catástrofe de la libertad de prensa*, en "Mediocridad y delirio". Anagrama, Barcelona 1991, págs. 69 y 77-78.

La prensa diaria produce en el mundo de los lectores una tendencia excesiva a la acción, con detrimento de la meditación, lo cual es gravísimo. Fíjate que, en el fondo, el proceso de la cultura descansa en un equilibrio entre meditación, es decir, razón y acción. Los hombres en verdad cultos, como los pueblos cultos, son aquellos cuya acción emana, serenamente, de un razo-

namiento. (...) La meditación es esencialmente aperiódica. La razón de un hombre actual está sometida al ritmo inexorable de la noticia a las ocho de la mañana y a las ocho de la noche. (...) El saber no es oír o leer cosas nuevas sino trabajar profundamente unas pocas cosas fundamentales, amasándolas, como la harina del pan, con el específico fermento de la meditación. Y esta noble actividad exige, para problemas mínimos, semanas enteras. (...) Los hechos que al ocurrir justificaban los grandes títulos de la primera plana, apenas flotan en el gran naufragio del pasar. Quizá un menudo suceso escondido en un rincón nos parece hoy más digno de sobrevivir porque en su pequeñez histórica está transido de humanidad directa. Más aún: leyendo esta crónica pretérita y rítmica se presiente que lo más importante para el porvenir no era nada de lo que se suponía sino otras cosas íntimas que escaparon al patrón del interés de cada día.

*La vida, hoy, es acción pura sin el noble contrapeso de la razón. Acaso en esto resida la turbulencia trágica en que nos agitamos, odiándonos y matándonos los unos a los otros sin saber por qué. Ya esta acción sin freno y sin tope nos empuja el exceso de información, la información de los hechos secundarios, a los que da la actualidad falsa categoría; y sobre todo la esclavitud del pensamiento al ritmo de la noticia periódica, que es incompatible con el libre juego de la meditación.*

GREGORIO MARAÑÓN, *Los monólogos sobre la prensa y la cultura*, en "Ensayos liberales", Austral, 5ª ed., Madrid 1960, págs. 116-118.

*Lo que nosotros mismos sabemos y recordamos de nosotros no es tan decisivo como se cree para la felicidad de nuestra vida: Un día nos asalta lo que otros saben (o creen saber) de nosotros y entonces nos percatamos de que esto tiene más poder. Uno se las*

*compone más fácilmente con su conciencia turbada que con su mala reputación.*

FRIEDRICH NIETZSCHE, *La Gaya Ciencia*, Akal, Madrid 1988, pág. 101.

*Nada de lo que actualmente sucede tiene la menor importancia.*

OSCAR WILDE, *Frases y filosofías para uso de la juventud*, en "Obras Completas", Aguilar, México 1991, pág. 1.134.

Este artículo pretende contribuir a la creación del género literario de los escritos con cita previa, ofreciendo recopilados al principio todos los argumentos de autoridad. En la mayoría de los casos, no será necesario añadir nada más. Pero si se hace, el lector dispone de las dos siguientes ventajas: sabrá desde el primer momento que el autor no es un cualquiera, que viene recomendado, podríamos decir, que no habla por boca de ganso, al menos inmediatamente; y, lo que es más importante, no necesitará distraer la atención del texto a cada instante, que tan incómodo resulta. En última instancia, si no le gusta el texto siempre le quedarán las citas. Los pensadores del futuro entregarán las citas aparte, probablemente enrueltas en papel de aluminio para facilitar su conservación o en un disco compacto los más audaces. No es que debamos prescindir de las citas, que tanto adornan nuestros pensamientos e incluso su ausencia. Las citas no son sólo un homenaje a los mejores, son una prótesis de la inteligencia también. Citar es un arte, al cabo, y únicamente debe reprobarse la sobrecitación, la citamania, la citafilia, la cititis, una inflamación del sistema excretor de la cabeza.

Es posible que citar sea un acto de generosidad intelectual, el ejercicio filantrópico de una amistad universal entre cerebros. Si es así, en pocos lugares de este mundo hallaremos gente más entrañable y desprendida que en la Universidad. En cualquier monografía de tamaño corriente es fácil encontrar trescientas o cuatrocientas referencias a desconocidos, un alarde de "general amor por cuanto nace" impensable en otras instituciones. Los espíritus más elevados llevan su abnegación hasta el extremo de prescindir de toda opinión propia para no hurtar ni una línea a los descubrimientos ajenos. Y así, entre unas cosas y otras, en virtud de estos préstamos perpetuamos el bien, la verdad y la belleza. Qué elevada e intensa alegría.

Ustedes se creen inferiores —decía PITIGRILLI— si en diez minutos de conversación no citan por lo menos una vez a Dante Alighieri. Es posible que seamos inferiores, después de todo.

\* \* \*

Vivimos en una sociedad educada por políticos y periodistas, no por filósofos y poetas, y eso se nota en la decadencia de la Universidad y en ese horizonte de cubalibres y litronas donde se pone el sol del imperio cada fin de semana. Gente trivial, encantada de sí misma, que pasa de puntillas por los complicados caminos del mundo. Ellos deciden qué es bueno y qué es malo, qué debe leerse, a quién hay que amar, desear, votar... Una página de un periódico es tan implacable como la sentencia de un juez —la gente recurre a los jueces pero cuenta el recurso a los periódicos, por si acaso—, como una decisión del gobierno. Los extremos se tocan. ¿Quién nos defiende del defensor? La prensa actúa como un tribunal popular de apelación. El disconforme acude a los periódicos. Y los periódicos acusan, censuran, aplauden, reprochan, elogian...; reconfortan al agraviado y hacen temblar al malévolo. La prensa moderna es una versión aca-

démica del vengador justiciero. Del poder legislativo, del poder ejecutivo y del poder judicial la sociedad se venga por medio del poder periodístico. La sentencia de un juez puede cambiar la vida de un hombre pero un periódico puede cambiar la vida de un pueblo. Al fin y al cabo, toda la vida privada de un hombre público cabe en la primera página de un periódico.

No hay grandes hombres sino periodistas insistentes. ¿Qué pasaría si todos los medios de comunicación decidieran de pronto silenciar las vidas de los ilustres ectoplasmas que nos tienen rodeados? El mundo se haría feliz y cotidiano, lleno de neurasténicos corrientes y de mujeres alcanzables. ¿Acaso nuestros gobernantes, nuestros jueces y legisladores nos facilitan en los periódicos pensamientos para pasar el invierno? El frío que tuvieron en su infancia, las vicisitudes de su peristaltismo intestinal, los libros que eventualmente leen y los hijos que eventualmente engendran, ¿deben explicarse en la Universidad junto con las ideas de Kepler, Schopenhauer, Kelsen o D. Severo Ochoa? El pueblo elige a quien le gobieme lo mismo que los empresarios eligen gerente o administrador: para que haya beneficios y tranquilidad, para que los ceniceros estén siempre limpios y no falten flores y revistas en la sala de visitas. Las opiniones del gerente sobre esto y aquello, sus criterios sobre lo bueno y lo malo, sus premios de bachillera-to, un fugaz enfriamiento de vejiga o un amor contrariado, no tienen ningún interés para la empresa. Nosotros no pagamos enormes sumas a nuestros jefes para que nos hablen de política o de moral; eso sería tirar el dinero. Si queremos cultura ya se la pediremos a D. Julián Marías. Y si nos hace falta instrucción, España está llena de educadores, hay educadores en cada esquina, de educadores, pedagogos, maestros, está llena España. Hay que dejar la política, la moral y la literatura a los entendidos. Después de todo, como explicó HUXLEY, más vale ser un buen

burgués como los demás que un mal bohemio, un falso aristócrata o un intelectual de segundo orden.

Cada vez sabemos menos de nosotros mismos y más del número de horas que duermen los famosos, de sus vicios preferidos y de sus faltas de sintaxis. ¿Y a esa gente hay que admirar? "Admirar —dice MANUEL ALCANTARA— exige cierta grandeza de alma y no hay que hacerlo incondicionalmente, sino con muchas condiciones. Pasmarse ante todo lo que nos propongan es distinto. Para eso basta con ser obediente". Cuando alguien se rinde sin condiciones a otro ser humano, es que antes se ha negado tres veces a sí mismo, mientras le canta el gallo civil de todos los desdenes. Los hombres importantes no son un ejemplo sino una advertencia. La vida no está en ellos, está en el manso carril de nuestra memoria.

\* \* \*

El noventa por ciento de las cosas que ocurren en el mundo, según los periódicos, son acontecimientos miserables y no justifican que estemos aquí presumiendo de reyes de la creación: quemamos los bosques, envenenamos los ríos, matamos a nuestros semejantes con una bomba, con un puñal, con un insulto... Cada mañana nos desayunamos con los desperdicios del día anterior. Nos revolcamos en la actualidad como en un charco. Pero, ¿sólo ocurre eso? ¿Dónde está el suplemento diario de buenas noticias, la página, la sección, al menos? ¿Dónde está la vida vulgar, lo cotidiano? Los hechos son sagrados, en efecto, pero son variados. El mundo no es ese grano purulento que describen cada día los periódicos. También ocurren cosas buenas y hay mucha gente altruista, discreta y feliz, ¿dónde está el periódico que se ocupe de ella? Esa gente, ¿es culpable por ser así? ¿O es que no interesa por ser de derechas o de izquierdas, según se mire? Hablar también de la buena gente y de sus buenas obras, ¿es servir a la gran banca o al

socialismo real, según se mire. ¿Cómo pretenden despertar la compasión, el respeto, los mejores sentimientos, en un lector "acostumbrado a la pornografía, la paranoia y la incitación al asesinato" (ENZENSBERGER)? Ojalá la próxima sea una generación de seres corrientes. Hay que reducir la fama a la interinidad con un látigo.

Pero, ¿y el culto a los personajes cero, esos seres insignificantes que la prensa propone como arquetipos? Los periódicos, que no vacilarían en rechazar un artículo de opinión o una carta al director por falta de calidad o de interés, no tienen inconveniente en publicar sonidos y expresiones de políticos y folclóricos por los que antiguamente se suspendía el ingreso de bachillerato. Nadie dura más allá del recuerdo de un vecino o de un pariente por haber dado de comer al hambriento o devuelto al deprimido la alegría de vivir, pero todos los escolares llevarán nuestra foto en la cartera si decimos algo sobre la "conciencia civil de europeidad" o "un pueblo igual en lo desigual", que son reflexiones de minorista de la cabeza, grititos adorables de peluquero de actrices, bobaditas de habero y orinal.

La prensa se alimenta de fantasmas, de gente que no es. El error más destacado de Arthur Miller, un americano genial, fue su matrimonio con Marilyn Monroe. Marilyn Monroe no era exactamente una mujer, aunque no puede negarse que la naturaleza le dio una apariencia femenina tan notable que los marines y los jubilados gritaban a su paso y los gobernantes hacían por ella el ridículo. En el caso de Marilyn Monroe, la naturaleza fue excesivamente generosa con los gusanos, pues murió joven y espléndida, como saben los estudiantes de bachillerato. Pero sólo era un símbolo, una institución, un calendario, un anuncio... Casarse con Marilyn Monroe era como casarse con la estatua de la libertad o con la coca-cola. Hay gente que no existe, aunque salga todos los días en el telediario. Es el caso de las modelos y de los niños de diseño que anun-

cian por televisión alimentos para niños y pañales superabsorbentes para bebedores de cerveza resumidos. Son esos niños que parecen una síntesis de Claudia Schiffer sin maquillar y que miran sonrientes al espectador, mientras de su boquita abierta resbala una gota de baba transparente que se suicida sobre la tapa de un yogur de chocolate, una bellísima cochinada. Esos niños no son de verdad, están hechos por ordenador, no representan a la parte más pequeña del género humano. La autoridad moral de los niños y de los adultos reside en la imperfección. Cada hombre tiene un modo irrepetible de cometer errores y por esa especialidad entramos en la historia, cada uno con el tipo de letra que le corresponda. La historia es siempre la historia de nuestros desaciertos porque el ser humano se hace literario en el mal. Lo único amable de los hombres públicos —las mujeres públicas son otra cosa— son sus defectos y es casi seguro que el pueblo los elige por su capacidad para fracasar, el pueblo tiene muy mala idea. Pero las cosas son como son y en esta hora gloriosa de la civilización occidental, el cuerpo se diferencia de la mente en que no necesita futuro sino presente; de ahí el fracaso de la filosofía y el auge de la cirugía estética. La mayoría de los famosos considera preferible un vientre liso a un cerebro prominente. La anatomía salta a la vista, mientras que la escasez de ideas puede ocultarse fácilmente entre la mayoría silenciosa, la mayoría absoluta o la mayoría de capital. Tal como está hoy el mercado, un buen cerebro adorna menos que una buena dentadura. Es la era del humanismo veterinario, un humanismo de gimnasio y pasarela que aparta a los débiles y a los incompletos. El asesino es el feo, el caso está resuelto, sheriff.

Mientras un tonto importante tenga más crédito que un inteligente común, no podemos decir que haya terminado ninguna transición. Seguimos sin saber nada del hombre pero lo sabemos todo de sus circunstancias. ¿Pensamiento débil? Pensa-

miento cero, personajes cero, noticias cero.

\* \* \*

Los periódicos son una copia diaria de sí mismos. No hay noticias nuevas sino titulares nuevos. Este portavoz dice cada mañana la misma tontería, ese gobernante pronuncia cada tarde el mismo discurso, aquella mujerona enseña cada noche los mismos muslos celulíticos que ya mostrara ante el general Prim, el legislador elabora en cada legislatura la misma ley inservible, los hijos se justifican ante los padres con los mismos argumentos en cada mes de junio —¿para qué sirven los padres si no es para dejarse engañar por los hijos durante toda la vida?— y los hombres se destruyen con la misma ferocidad con que se destruyeron en el paleolítico: La actualidad es monótona. En torno a estas amenidades se construye la libertad de expresión. ¿Cómo no disentir, entonces, de la prensa? Un periódico no siempre es la representación de sus lectores, de sus fundadores y dirigentes más bien, que son quienes opinan. El público lee y calla, vota y calla, sufre y calla. El, el gavilán más alto, callado y más callado y más callado. Callar es la característica definitoria del público, pues.

Los hechos son sagrados pero no son largos. La prensa se ha convertido en una tesis doctoral a la hora del desayuno. Periódicos gordos como diccionarios, llenos de titulares nuevos para hechos viejos, hechos desmenuzados, hechos como novelas, los semanarios, las vísceras, los zapatos y los antepasados del protagonista sobre la mesa de redacción. Que hablen de uno aunque sea en la crónica de sucesos. Nacer, crecer, reproducirse y morir son hechos; abundar en ellos es publicidad. Todo lo que sucede lleva en sí mismo la marca de su grandeza o de su miseria y escogiendo adecuadamente las palabras obtenemos la descripción y el comentario a la vez. "Licenciado en Derecho muere en la Iglesia después de decir "sí quiero". Su viuda lo justifica: nunca

había hablado en público". "Ha estallado la guerra...aggg". "Baja el dinero; pero los españoles están demasiado débiles para agacharse". Hay que volver al ejemplar de una sola hoja. Todo lo que un periodista no puede decir en línea y media, no merece ser dicho.

¿Acaso hemos de explicar a los periodistas que hay cien maneras distintas de dar una noticia y cada una de ellas esconde una intención? ¿Y no es, tantas veces, la intención una maledicencia contenida? ¿Habría que venerar ahora a los periódicos? ¿Es que por aliviarnos de la pesada carga de los sucesivos gobiernos han de pasarnos factura como poder popular? Hace falta una prensa humilde y altruista que no pida aplausos, halagos, admiración y fidelidad a cambio de protegernos del poder. Porque eso sería como exigimos el impuesto revolucionario.

\* \* \*

Dicen algunos periodistas y asimilados que esta campaña electoral no es especialmente desagradable, zafia, ruin, intelectualmente sebosa. Esta campaña electoral llena de insultos, amenazas, malevolencia, mezquindad, miedo... Que es normal que los políticos se insulten en campaña y que eso es lo que ocurre en otros países, modelos de democracia antigua y sólida. Veamos:

a) Que una barbaridad suceda en otros países no la hace inocente, no importa cuán admirable sea el otro país por tantos conceptos. El político tiene una misión ejemplarizadora de la vida pública y carece de utilidad social si se limita a excitar los peores instintos de la raza con su palabra y con su conducta.

b) Si un insulto o una ofensa deben considerarse democráticamente normales y signo de salud y fortaleza de la convivencia política, no se entiende por qué los periodistas montaron en cólera cuando el filósofo Paramio les llamó hijos de puta. ¿Por qué hijo de puta es malo y no se debe decir mientras que

ladrón, torturador, estúpido o mentiroso son graciosas diferenciaciones democráticas y no hay que escandalizarse por ellas? Además, ser hijo de puta en un Estado democrático no es nada o mucho menos, desde luego, que ser delincuente o inútil, pues lo primero se nace y lo segundo se hace. Para lo segundo hace falta voluntad, una como vocación artesanal ejercida sin desmayo.

c) ¿Qué inconveniente habría, al final del razonamiento, en considerar democráticamente normal, aunque democráticamente exagerado, que el discrepante le abriera la cabeza al discrepado con un ladrillo? Una conmoción cerebral por legítimos desacuerdos políticos no sería sino la continuación del fecundo diálogo democrático por otros medios. Si se acepta que vale todo menos la agresión física, si es legítima cualquier maldad mientras no se llegue al asesinato, entonces es que hemos alcanzado el ideal de sociedad democráticamente nauseabunda: la que se limita a sustituir las bayonetas por el desprecio. MONTAIGNE sigue teniendo razón: "Quien en nuestros sacrilegos días sólo es parricida, pasa por hombre de bien y honrado". Hay muchas maneras de matar y el odio puede alcanzar la categoría de crimen perfecto, además de constituir una forma de suicidio lenta y minuciosa.

Si hicieran, al menos, de la injuria un arte... Pero han relogado el ingenio al olvido y ni siquiera son capaces de insultarse con elegancia. Los adversarios terminan en los tribunales en vez de acabar en la literatura o en la oratoria, que es donde la palabra tiene su asiento. (Algunos abogados, también es verdad, se encargan de envenenar las disputas y alentar los pleitos, olvidando normas éticas preescolares. Un abogado debería cobrar el doble por evitar un conflicto; del mismo modo que el mejor médico no es el que cura sino el que previene, el que enseña a conservar la salud; el que mantiene los órganos en silencio. Un abogado debería ayudar a la conservación de nuestro

equilibrio emocional y social, pero tal como están hoy los estudios de Derecho, bastante hace si logra conservar el suyo). Toman ejemplo de pequeños desempleados mentales, de chocarreros de feria de ganado, producto fugaz de la publicidad —los periodistas son más ingenuos de lo que parece o más compasivos—, de presuntos intelectuales amarrados, con olvido de los verdaderos maestros, que tanto alivian el resentimiento. BORGES escribió unas páginas sobre "El arte de injuriar", el título es ya el contenido. La sátira, para él, tiene la obligación de ser memorable. Y relata una anécdota tomada del escritor inglés del siglo XIX TOMAS DE QUINCEY, que los periódicos deberían publicar en primera página el primer día de cada campaña electoral. "A un caballero, en una discusión teológica o literaria, le arrojaron en la cara un vaso de vino. El agredido no se inmutó y dijo al ofensor: *Esto, señor, es una digestión; espero su argumento.* (El protagonista de esa réplica —termina Borges—, un doctor Henderson, falleció en Oxford hacia 1787, sin dejamos otra memoria que esas justas palabras: suficiente y hermosa inmortalidad)".

Si no hay otro remedio que ofender al prójimo como a nosotros mismos, que sea al menos con la cabeza y no con los intestinos.

\* \* \*

En las ruedas de prensa poselectorales y en algunas entrevistas con los mitos que ellos mismos cultivaron sobre el barro, periodistas inteligentes y seguramente prestigiosos se comportan como escolares que han sido sorprendidos copiando. Temerosos, balbuciente, incluso con un punto de servilismo en la voz, reciben humillaciones de gente que sólo pasará a la historia por su necesidad o por sus malas maneras, que son la misma cosa, y cuya más destacada cualidad es tener dinero o tener votos, ese dinero de los descamisados; con los votos, los descamisados compran chalés, coches, café, copa y puro, y el

cielo se cierra. Todo es uno, pues, seguido de varios ceros.

La prensa necesita diariamente un mito y un delito para sobrevivir. ¿Y qué es un mito de papel? Un mito de papel es un rústico que habla con las manos en los bolsillos, a quien mañana sustituirá otro rústico que hable mascando chicle. Es gente así la que hace rugir a los pensionistas en los mítines y consigue que los jóvenes rebeldes del sábado noche se abracen a las pequeñas muertas que hay en las botellas como a una religión. Nos proponen que admiremos a chilindrinos, a graciositos de banquete nupcial, a entretenidos de enseñanzas medias, a ironistas de grandes almacenes. Un mito es un tonto reiterado. Los timadores ideológicos en quienes nos mirábamos irrumpieron en nuestras vidas alardeando de haber estado en la cárcel —como si fueran un pobre de semáforo— o de que fueron expulsados del Colegio Mayor por escribir una vibrante tragedia coral contra la dictadura. Y luego resultó que todos sus méritos y habilidades quedaban reducidos a una breve carrera por el campus de la Complutense, delante de un cabo de la policía armada, acontecimiento que sus biógrafos hincharon sabiamente hasta equipararlo a Auschwitz o Mauthausen. La mayoría de nuestros jefes y educadores no tenía otra gracia política, cultural y moral que la de considerarse reprimidos. El pueblo ha pagado las consecuencias de la psicopatología de sus conductores. Es Freud auténtico.

En las escuelas para mitos se enseña a los estudiantes esta lección: "Presume de lo que careces, sabiendo que los periódicos son implacables con la infamia pero muy tolerantes con la estupidez. Así podrás jubilarte como un sinvergüenza ilustrado, que no es mal final para un ser homeopático como tú. Para que a tu candidatura no le falte cochambre, declara que no pudiste ser insumiso, en su momento, porque estabas ocupado difundiendo la doctrina proabortista entre las damas del ropero



de tu ciudad natal. Exige que formen parte de los tribunales de oposiciones a cátedras de Universidad los alumnos repetidores en sexta convocatoria, y aun que la condición de repetidor—en sexta convocatoria— se compute como mérito para ingresar en las administraciones públicas. Recuerda de vez en cuando a los medios de comunicación que desciendes de una familia de demócratas, hasta la generación que te emparenta con D. Pelayo. Y si un audaz reportero te pregunta quién fue D. Pelayo, contéstale que un viejo luchador antifascista a quien conoció tu abuelo en la quema de conventos de Málaga. Procura hablar de un pariente remoto que se granjeó fama de anticlerical por tomar vino de misa con ginebra en el aperitivo—una misalibre, decía él ingeniosamente— y que, en el éxtasis de la borrachera litúrgica, recitaba a los transeúntes pasajes de la exhortación de LERROUX a los jóvenes bárbaros de Barcelona: "...destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie". De estos genes te viene la vena volterriana, que no es el nombre de un medicamento como erróneamente crees. Lo menos que puede pedirse a un candidato a ministro progresista es que esté sin bautizar. Si tienes una antigua cicatriz de las vacunas infantiles puedes exhibirla como un recuerdo de la policía franquista, de cuando defendías los derechos del obrero en la Castellana. España está llena de cicatrices de la vacuna antivariólica con rango de subsecretario y nadie va a ponerse a investigar el origen de una más. Y si no tienes cicatrices, o te ruboriza enseñarlas, deja claro, al menos, que entre tu mujer y tú no hay nada serio, que sólo sois buenos amigos. La única familia en la que crees es la familia Ulises. Y ahora, compañero, que Dios te ayude, que una cosa no quita la otra y al final de cada situación límite hay un creyente. Y tú has sido colocado por la naturaleza en situación límite permanente".

La inteligencia ha sido sustituida por la publicidad. Frankenstein se vuelve

contra su creador, porque sólo era un monstruo.

\* \* \*

Un brillante columnista—¿qué otra cosa puede ser un columnista sino brillante?— dijo hace tiempo que escribir es, hoy, llamar la atención. No aclaró si llamar la atención del público sobre el texto o sobre el autor. Y ponía el ejemplo de un escritor que, aburrido de los amigos a quienes había invitado a cenar, prendió fuego a las cortinas del comedor para hacer la velada inolvidable. Eso es, exactamente, lo que hacen algunos maestros columnistas: prender fuego a las cortinas y llamar la atención sobre su rostro, aprovechando el breve resplandor. Lo que queda, al final, no es la obra bien hecha sino la propaganda bien hecha. Un escritor de este género no aspira a llegar al mundo sus pensamientos sino sus apellidos, para que los adoremos diariamente en una hornacina de papel. Pasar a la historia sólo por llamar la atención es muy caro. Nerón necesitó incendiar Roma, aunque quería perdurar como poeta y se inmortalizó como pirómano. La literatura es excluyente.

Otro brillante columnista—¿qué otra cosa etc. etc.?— tiene dicho que hay que escribir desde el resentimiento y la difamación, que el escritor debe ser un grito, un hierro, una blasfemia en esta España moral, tribal, trivial y funcional de las postrimerías de la historia. Eso es también llamar la atención pero no por el fuego sino por la tierra; llamar la atención por vía fisiológica. Algunos maestros columnistas no escriben, se escriben; no hablan, se hablan; no miran, se miran. Avanzan de espaldas para cerciorarse de que les siguen sus admiradores en busca de autógrafos.

La reforma educativa ha sido tan profunda que apenas quedan estudiantes, alumnos, aprendices, discípulos... La prensa se ha llenado de maestros. Ellos ven cosas que los demás no ven, tienen ideas que los demás no tienen, conocen

ciencias que los demás ignoran. También ellos, como Nietzsche, tienen "más derecho que ningún otro hombre a la palabra grandeza". Escriben de sí mismos, se elogian y se atacan entre ellos o elogian y atacan a sus amigos y enemigos y a eso le llaman crear opinión. Crear opinión sobre ellos, naturalmente. Pero no hablemos más de mí, decía el personaje de BERNANOS, hablemos ahora de ti. Tú, ¿qué opinas de mí?

Hay buenos escritores y hay grandes escritores. Los buenos escritores tienen la forma amena y brillante y el fondo trivial y reiterativo. Cuando la forma oculta el fondo es que no hay fondo. Un buen escritor es vanidoso y habla mucho de él mismo, quizá porque los demás, que siempre están ocupados, no le hacen todo el caso que merece. A un buen escritor no le interesa vivir—vivir como si nada hubiera de quedar de cuanto escribió, escribió BLAS DE OTERO—sino contar su vida, que es tan aburrida en comparación con la nuestra. No tiene en cuenta al público, pretende que el público le tenga en cuenta a él. Un gran escritor—tres o cuatro por siglo—sabe que el mundo lleva miles de años existiendo, la mayor parte sin él, y sin él no le ha ido tan mal, y sin él podría seguir otros miles más. Por eso aprende él del mundo, que es más viejo y más sabio, y no tiene la vana pretensión de adoctrinar él al mundo. Un gran escritor no se propone deslumbrar a sus lectores sino darles pensamientos y emociones para pasar el invierno. Con su prosa, el gran escritor envuelve amorosamente alguna gran verdad: que los

hombres mueren y no son felices, por ejemplo. Las grandes verdades son melancólicas y resultan pesadas a los buenos escritores. Los buenos escritores descubren enseguida que la mejor manera de parecer ingenioso es no creyendo en nada. Acaso porque cuando escriben como si creyeran les salen unos culebroncillos líricos, unos breves bostros aceitosos, una sintaxis de aficionado a la crítica de arte por la que se desangra su vocación de originalidad." La gente cree que un escritor es un personaje que anda con una libreta de apuntes—confesó ERNESTO SABATO a un periodista—, tomando nota de la bondad y la maldad ajenas. No, un escritor busca en su propio corazón. Y si no puede hacerlo, mejor que se dedique a otro oficio".

Un buen escritor suele ser un hombre inteligente con una vanidad que le atraviesa el cerebro como una cicatriz. La vanidad es defecto de funcionario del alma, una manchita en el paisaje de gente con pretensiones y sin posibilidades. En un gran hombre puede entenderse la soberbia—en Mitterrand no—, porque la grandeza es grande en todo; pero no esa versión maquillada y mariquita de la soberbia que es la autocomplacencia.

Si yo tengo siempre razón, ¿qué papel dejo a los demás? Cuando yo tengo siempre razón niego a los otros y los niego esencialmente. No equivocarse es asocial. La necesidad de tener razón, decía ALBERT CAMUS—que fue un gran escritor y un gran hombre—es signo de un espíritu vulgar.